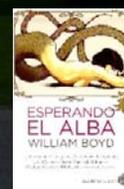




MUSEO DE HISTORIA NATURAL de Viena, situado en el monumental Palacio Imperial de Hofburg.



### Esperando el alba

WILLIAM BOYD  
BARCELONA: DUOMO, 2012  
TRAD. DE JUANJO ESTRELLA  
378 PP. 21 €

## NOVELA

# ENGAÑOS Y AUTOENGAÑOS

## Una intriga vienesa en vísperas de la Gran Guerra

Lysander Rief es un joven actor británico con algunos éxitos en los escenarios, pero con grandes derrotas entre sábanas: padece anorgasmia. Corre el año 1913, y qué mejor lugar que Viena, la ciudad de Freud, para ir a curarse. A manos de un autor como Boyd, cualquier cosa puede pasarle a nuestro hombre. ¿Será protagonista de un drama psicoanalítico? ¿La víctima de una farsa vienesa digna de una opereta? ¿O estallará la Primera Guerra Mundial, una de las especialidades de Boyd, y se verá obligado a tomar un papel activo? Las tres anteriores. *Esperando el alba* es otro de esos pseudothrillers extravagantes que el prolífico escocés produce como nadie. La Viena por la que pasea Lysander es tan deliciosamente tópica como una tarta Sacher. Un militar que se hospeda en su misma pensión tiene líneas tan decadentemente austrohúngaras como ésta: “En

este tambaleante imperio nuestro, el suicidio es una salida perfectamente razonable”. También le advierte que en Viena, en la superficie, “todo el mundo sonríe cortésmente, nadie se tira pedos ni se hurga la nariz. Pero por debajo, el río fluye, oscuro, impetuoso”. “¿Qué río?”, inquiera Lysander. “El río del sexo.”

### El gran fabulador

Nuestro protagonista pronto se familiarizará con esas caudalosas aguas. En efecto, su anorgasmia se cura. Acude a la consulta de un psicoanalista, pero no es él el responsable de su recuperación, sino otra paciente a la que Lysander conoce en la sala de espera. La señorita es una escultora que luego acusa al joven de haberla violado. Éste tiene que poner pies en polvorosa, y encuentra a dos caballeros que con rapidez —con demasiada rapidez— le preparan una escapatoria. Aquí ha pasa-

do algo raro, pero Lysander no sabe exactamente qué. Boyd es un maestro en desorientar a sus personajes (¡y al lector!). El facultativo al que acudía Lysander, por cierto, es un tal doctor Bensimon, discípulo de Freud e inventor de lo que él llama “paralelismo”. Para curarse, el paciente no tiene más que enterrar los recuerdos negativos bajo recuerdos positivos inventados. Boyd ha tomado prestado este entramado de la “función fabulatriz” enunciada por el filósofo francés Henri Bergson, ganador del Nobel de Literatura en 1927. Adiestrado en mentiras y actor de profesión, Lysander es el hombre ideal para convertirse en espía durante la Gran Guerra. Aquí es donde la novela encara un meandro y deviene sofisticado thriller, a lo Graham Greene y John Le Carré. La inteligencia británica le encarga desenmascarar a un topo en el Ministerio de la Guerra, tarea que le llevará por media Europa, siempre con el cuaderno de impresiones que el doctor Bensimon le ha recomendado mantener. “Soy pasajero de un tren del que no conozco ni la ruta ni el destino final”, escribe. ■ *Texto: Rafael Bladé*